



Fe en el Dios invisible

*"Es, pues, la fe
la certeza de lo que se espera,
la convicción de lo que no se ve".*

Hebreos 11: 1

Por qué es tan importante la fe

El autor de Hebreos hace una perturbadora declaración: "Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (Heb. 11: 6).

Estas duras palabras acerca de la falta de fe las dijo también Jesús. Mateo, por lo general, registra las palabras de Jesús reprendiendo a las personas por su falta de fe; y comenzó a hacerlo desde el mismo principio de su ministerio. En su Sermón del Monte se registra que Jesús les dijo a sus oyentes: "Hombres de poca fe" (Mat. 6: 30). Sus más cercanos colaboradores no estaban exentos de esta reprehensión. A sus discípulos les dijo: "¿Por qué teméis, hombres de poca fe?" (Mat. 8: 26). Cuando Pedro estaba hundiéndose en otra tormenta, le preguntó: "¿Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?" (Mat. 14: 31). Más tarde Jesús interrumpió una discusión entre sus discípulos para decirles: "¿Por qué pensáis dentro de vosotros, hombres de poca fe, que no tenéis pan?" (Mat. 16: 8). Parece que Jesús reprendía con un poco de dureza.

Por contraste, Jesús siempre reconocía y felicitaba a quienes tenían una fe genuina. Si solo consideramos las historias en Mateo, veremos que Jesús manifiesta asombro ante la fe del Centurión (8: 10). Luego afirma que la curación del paralítico se debió a su fe (9: 2). Lo mismo hizo con la mujer enferma y los dos hombres ciegos (9: 22, 29) y la hija poseída por un demonio (15: 28).

Jesús destacó deliberadamente la visibilidad de la fe, porque la fe determina si el poder de Dios entrará y transformará nuestras vidas o no. Los discípulos supieron con toda claridad que no pudieron echar a un demonio "por vuestra poca fe" (Mat. 17: 20). De hecho, el pueblo entero de Nazaret sufrió, porque Jesús "no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos" (Mat. 13: 58). Jesús expresó palabras fuertes con respecto a la fe porque sabía muy bien que la falta de fe y el poder transformador del cielo eran, y son, completamente incompatibles.

Lo mismo ocurre hoy. Nuestra capacidad para mantenernos en la senda que conduce a la casa del Pastor y para que nuestras vidas reflejen (o no) más claramente el carácter de Jesús, depende de nuestra fe.

¿Qué es la fe?

Antes de seguir adelante necesitamos definir lo que es la fe. El libro de Hebreos da una definición sencilla: "Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Heb. 11: 1). Pero vivir de acuerdo a esa certeza no es tan fácil como podría parecer. ¿Cómo podemos tener certeza con respecto a las cosas invisibles? Es posible que tengamos confianza en el Dios invisible cuando las cosas van bien, pero cuando entramos al crisol, vacila nuestra fe en él. El crisol, por su misma naturaleza, nos hace dudar, e incluso desesperarnos porque nuestro amante Padre raramente da alguna evidencia de su presencia y de su obra en nuestro favor. Podemos orar mucho, pero al parecer no hay ninguna prueba de que está con nosotros. Todo lo que vemos son tinieblas.

Aprendiendo a ver en la oscuridad

Muchas personas creen que la fe es un salto en la oscuridad. Lo que quieren decir es que la fe es un salto a lo desconocido. Pero no es así como la Biblia describe la fe. En la Epístola a los Hebreos se dice que Moisés fue capaz de mantenerse firme contra la ira de Faraón “porque se sostuvo como viendo al invisible” (Heb. 11: 27). La fe ve claramente, y el impacto de una fe tal en nuestra vida es increíble: “Este fue el secreto del éxito de Moisés. Vivía como viendo a aquel que es invisible, por lo cual fue capaz de considerar el vituperio de Cristo como de más valor que los tesoros de los egipcios. Si los hombres vivieran así, veríamos sus rostros brillar con la gloria de Dios; porque estarían viendo la gloria del Dios eterno, y mediante la contemplación serían transformados a la imagen de Cristo”.¹

¿Cómo puede la fe “ver” claramente, incluso bajo presión? ¿Cómo puede la fe ver el rostro de Cristo tan claramente que podemos ser transformados a su imagen? Aquí indico dos formas como podemos aprender a ver al “invisible” Jesús.

Primero, la fe ve el rostro de Jesús porque está conformada por las palabras de Dios. David declara: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal. 119: 105). La Palabra de Dios siempre trae luz. La luz de su Palabra nos capacita para ver la realidad como el cielo la ve, a diferencia de cómo la sentimos. Así que cuando estamos en el centro del crisol, la luz de la Palabra de Dios nos ayuda a reconstruir la verdad acerca de nuestra situación, a pesar de los sentimientos turbulentos que nos agobian y las tentaciones de Satanás a dudar del amor de Dios por nosotros.

Nunca olvidaré la ocasión cuando mi falta de fe en las promesas de Dios quedó cruelmente expuesta. El proceso para reconocer este problema y aprender qué hacer al respecto, me tomó casi un año.

Creo que todo comenzó cuando estaba de pie, hablándole a una pareja de misioneros, en medio del salón de reuniones vacío de un

colegio adventista. Acabábamos de terminar una reunión de evangelización y yo estaba pidiendo algunos consejos a la pareja de misioneros. Dos días antes me había encontrado con algo que nunca había imaginado. Un joven al que le estaba hablando se llenó de ira y se puso violento repentinamente. Todo lo que había hecho era preguntarle acerca de sus relaciones con Dios. El joven estaba poseído por un espíritu de demonio. En el colegio no me habían preparado para esto.

La dama misionera habló de su período de servicio en el Caribe.

—Una noche, tres hombres enormes irrumpieron en nuestra casa —comenzó diciendo—. Todos los hombres de nuestra casa se quedaron helados, porque aquellos hombres traían bates de béisbol en las manos. Nadie sabía qué hacer, y aquellos jóvenes se verían airados. Yo me paré frente a ellos y señalándolos con el dedo les grité:

—¡En el nombre de Jesús, salgan inmediatamente de esta casa.

Debe haber sido un cuadro extraordinario y digno de verse, porque aquella dama era muy pequeña de estatura, no medía ni siquiera un metro y medio de altura.

—¿Y sabe qué paso? —continuó—. Aquellos jóvenes giraron sobre sus talones y salieron corriendo tan rápido como podían.

Me miró a los ojos, y añadió con sobriedad:

—Usted debe recordar siempre que hay poder en el nombre de Jesús.

Terminamos nuestra conversación y yo cargué en mi pequeño automóvil todos los aparatos e instrumentos que habíamos utilizado en la reunión. Cansado, me senté frente al volante, y metí la llave en la cerradura para echar a andar el motor.

“Y ahora vamos contigo”.

Yo quedé con los ojos desmesuradamente abiertos frente al parabrisas, porque no podía creer lo que había escuchado. Las palabras eran de origen claramente demoníaco. Puse la música en el estéreo, puse en marcha el motor y salí del estacionamiento. Traté de

convencerme de que solo había imaginado aquellas palabras. Pero no era mi imaginación. Era claro que los ángeles de Satanás estaban airados porque yo estaba ayudando a aquel joven a librarse de su control, y ahora se volvían contra mí. Inmediatamente puse la música y me puse a cantar.

Cuando llegué a mi casa, encontré el silencio de una casa vacía demasiado pesado para mí, de modo que puse un disco compacto, y le subí el volumen al reproductor lo suficientemente alto como para yo que pudiera escucharlo hasta mi oficina que estaba en el segundo piso. De vez en cuando algunas de las palabras del canto penetraban en mi conciencia: “Hay fortaleza en el nombre de Cristo, hay poder en el nombre del Señor”. Era claro que las palabras del himno eran como un eco de mi conversación con los misioneros.

Finalmente me acosté y me quedé dormido.

De repente desperté porque mi cama se sacudía y yo me ahogaba porque no alcanzaba aire para respirar. Era como si me hubieran cerrado el aparato respiratorio y no pudiera yo alcanzar aire para respirar. Sentía que me ahogaba. Al instante los pensamientos que habían llenado mi mente horas antes brillaron como relámpagos en mi mente: “¡En el nombre de Jesús, sal de aquí!”, grité luchando para poder expresar cada palabra. Inmediatamente la presión que sentía alrededor de mi garganta se aflojó.

En el mismo instante que clamé a Jesús, las fuerzas satánicas que me atacaban se retiraron debilitadas.

Sin embargo, mientras seguía acostado en la oscuridad, mis temores se apilaban unos sobre otros. Me sentía tan aterrorizado, que no podía moverme. Yo sabía que los espíritus malignos eran reales y que estaban allí, o por lo menos habían estado. Pero, ¿cómo y cuándo vendría el siguiente ataque?

Oré en voz alta. Traté de cantar cada himno que sabía, pero nada me ayudó a sentirme mejor. No podía entenderlo; yo era pastor y sabía todo lo relacionado con la fe y la confianza en Dios, pero me

sentía desprovisto de toda protección. No me atrevía ni siquiera a voltarme en la cama, porque mi imaginación temía toda suerte de cosas que podían estar escondidas detrás de mí.

Después de algo así como una hora, empecé a sentirme ronco y, de todos modos, no me estaba sirviendo de mucho. Finalmente decidí hablarle a un compañero en el ministerio. Su esposa contestó, y cuando le conté, temblando, lo que acababa de ocurrirme, ella replicó:

—Bueno, le pasaré el teléfono a John para que hable con usted, y yo comenzaré a orar.

Hablamos mucho tiempo, quizá una hora. Revisamos juntos las promesas de Dios. Después de un rato comencé a sentirme mejor, y después de una oración final caí dormido, exhausto.

Durante los siguientes seis meses caía dormido inmediatamente después de acostarme, pero despertaba de repente en la noche, sintiéndome aterrorizado. Una sensación permanente de que algo satánico había en mi cuarto me dominaba, y lo peor era que me sentía impotente para hacer algo al respecto. Mis temores no me abandonaban.

Lo que hacía que las cosas empeoraran era que mis devociones diarias comenzaron a apagarse. Solo oraba y estudiaba mi Biblia cuando era necesario. No era que yo no creyera, sino lo opuesto. Todas las cosas eran demasiado reales. Siempre que comenzaba a leer o a orar, recordaba esta realidad invisible, esta gran batalla que yo no podía ver, y mis temores volvían a inundarme de nuevo. Yo creía que era un pastor fuerte, pero ahora me sentía como si estuviera hecho de paja.

Pasaron varios meses antes de hallar una solución para mi problema de fe. Yo le hacía frente a otra difícil situación: era joven y soltero. Era especialmente difícil porque no tenía a nadie cercano e íntimo con quien hablar de estas cosas. Le hablaba a mi Padre celestial,

lo cual es bueno; pero en ese momento yo quería hablar con un ser humano.

"Padre, por favor, necesito a alguien con quien hablar", le suplicaba. De repente algo que me pareció una respuesta relampagueó en mi mente "No puedes tener a nadie".

Yo quedé asombrado, y confuso. "Bueno", dije, "pero, ¿cómo se supone que debo obtener lo que necesito?"

Lo que describiré a continuación nunca antes me había ocurrido. Vi un cuadro. Era un cuadro del Jesús resucitado. No era un cuadro con detalles, sino que yo simplemente sabía que era Jesús de pie frente a mí, y que era el mismo que está a la diestra del Padre. Sus brazos estaban extendidos hacia mí, con las manos como conteniendo algo. Yo sabía que en aquellas manos estaba todo lo que yo podría necesitar jamás.

"¿Por qué crees que Jesús tuvo que morir?", dijo el Espíritu Santo, "¿para que tú fueras miserable? Tienes que apropiarte de todo lo que necesitas por la fe".

Yo me quedé pensando por un momento. Más que cualquier otra cosa necesitaba paz y gozo. En mi mente, me incliné hacia aquellas manos que estaban extendidas hacia mí, y tomé de allí "paz" y "gozo". Inmediatamente quedé inundado del gozo y la paz más maravillosos.

A medida que pasaba el día, y en el momento en que mis temores comenzaban a surgir, yo me volvería otra vez y tomaría lo que necesitara de aquellas manos extendidas hacia mí.

Esta experiencia solo duró un día, pero en aquellas horas comencé a aprender algo muy importante, a lo cual volvería cada vez que pasara por aquellos momentos de terror.

Comencé a comprender mejor la realidad de la resurrección. La resurrección es un hecho de la historia que está más allá de toda duda. Pero lo que logró la resurrección también está más allá de toda duda. La Biblia describe la ocasión cuando Jesús ascendió al cielo.

Hubo una ceremonia solemne de coronación en la cual Jesús fue proclamado rey de este mundo. Al mismo tiempo, el don del Espíritu Santo, dado para la edificación de su cuerpo, que es la iglesia, que fue profusamente derramado sobre nosotros: "Por eso dice: 'Cuando ascendió a lo alto, se llevó consigo a los cautivos y dio dones a los hombres'" (Efe. 4: 8, NVI)

Mi problema de fe consistía en que, si bien yo sabía que Dios tenía dones para mí, ese conocimiento no tenía ningún impacto en mí personalmente, ningún efecto, en lo absoluto. Yo esperaba que Dios me protegiera, pero mientras yacía en mi lecho, noche tras noche, nunca estaba seguro en realidad de que lo haría. Después de todo, mi ángel guardián no había estado muy activo, al parecer, aquella noche.

Sin embargo, al paso del tiempo, un nuevo patrón de pensamiento comenzó a desarrollarse en mí. Si el registro bíblico de la resurrección era un hecho, así debían serlo las promesas de protección dadas por Dios. Había una sencilla lógica en aquello. No era cuestión de cómo me sentía yo, sino una cuestión de la verdad acerca de Dios y de la resurrección de Jesús; y esa verdad de la resurrección basada totalmente en la Escritura, debía dar forma a mi realidad.

En el futuro, cuando yo despertara, sintiendo aquel mismo terror, me diría a mí mismo: "No, en la Biblia Dios ha prometido protegerme, y la resurrección lo garantiza. No puedo ver ningún ángel, pero he pedido la protección divina y, por lo tanto, por fe creo que Dios está aquí, y él es fuerte para hacerle frente al enemigo. Padre, por favor, estréchame en tus brazos de amor y protección". Luego me voltearía en mi cama, algo que no había podido hacer en muchos meses, confiado en que mi protección era segura.

Dios no hace promesas solo para que nosotros nos preguntemos si son verdaderas. Sin embargo, sin creer de todo corazón que son ciertas, las bendiciones que las acompañan quedarán guardadas

en los estantes del cielo. Esto sería como tener una tarjeta de regalo, pero nunca ir a la tienda para cambiarla por el regalo verdadero.

Jesús prometió: "Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo lo haré; así será glorificado el Padre en el Hijo. Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré" (Juan 14: 13, 14, NVI). Y el desafío para nosotros es que él lo dijo en serio.

Segundo, la fe ve el rostro de Jesús porque el Espíritu de Dios la fortalece mediante la oración. Cuando estamos en el crisol, las palabras de Dios nos recuerdan la realidad. Sin embargo, si nuestras vidas fueran cambiadas simplemente por el conocimiento, entonces quizá todos habríamos sido completamente transformados hace mucho tiempo. Junto con el conocimiento de la Palabra de Dios que da forma a nuestra fe en Jesús, también se necesita el poder del Espíritu Santo que da vida a nuestra fe, para cambiar la promesa por el don real y verdadero.

La lucha para conocer las promesas de Dios, pero no ver el fruto de esas promesas, fue una frustración para los discípulos. Para su sorpresa, se encontraron con un demonio que poseía a un hombre, y se negaba a salir de él a pesar de que se lo ordenaron en el nombre de Jesús. Poco tiempo después Jesús regresó con Pedro, Jacobo y Juan, del monte de la transfiguración. "Cuando llegaron al gentío, vino a él un hombre que se arrodilló delante de él, diciendo: Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua. Y lo he traído a tus discípulos, pero no le han podido sanar. Respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y este quedó sano desde aquella hora. Viniendo entonces los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si

tuviéreis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible" (Mat. 17: 14-20).

Hay un interesante comentario sobre esta historia: "A fin de tener éxito en un conflicto tal, debían encarar la obra con un espíritu diferente. Su fe debía ser fortalecida por la oración ferviente, el ayuno y la humillación del corazón. Debían despojarse del yo y ser henchidos del Espíritu y del poder de Dios. La súplica ferviente y perseverante dirigida a Dios con una fe que induce a confiar completamente en él y a consagrarse sin reservas a su obra, es la única que puede prevalecer para traer a los hombres la ayuda del Espíritu Santo en la batalla contra los principados y potestades, los gobernadores de las tinieblas de este mundo y las huestes espirituales de iniquidad en las regiones celestiales".²

Los discípulos conocían las promesas de Jesús, pero su conocimiento todavía no era fe. De hecho, habían echado fuera espíritus de demonios en otro tiempo, pero esta era una nueva situación que demandaba fe. Y esa fe transformadora de vida solo podía recibir poder del cielo.

La necesidad de ese poder celestial se me hizo muy clara durante un tiempo cuando luchaba otra vez, incluso para orar. Me sentía muy frustrado con mi trabajo y de alguna manera esta frustración se había vuelto hacia Dios. Me sentía tan irritado, que la sola idea de orar me llenaba de ira. Esta es una reacción extraña y sorpresiva para alguien que ha pasado todo su ministerio enseñando acerca de la importancia y el poder de la oración. Incluso arrodillarme me exigía un tremendo esfuerzo, porque en mi interior estaba luchando contra un Dios que yo creía me había llevado voluntariamente hacia el fracaso. No me gustaban sus métodos, pero mi propio antagonismo simplemente me hacía más débil.

Literalmente tuve que tomar un receso en mi trabajo, y me fui con mi esposa a una casa de veraneo en el campo. Fue allí donde decidí que me obligaría a mí mismo a orar. Día a día, mientras per

severaba en oración delante de Dios, comencé a sentir una restauración gradual de su poder en mi vida. Para cuando aquellas dos semanas llegaron a su fin, la depresión contra la cual había yo luchado durante al menos cuatro años, se había desvanecido completamente.

En caso de que me viera tentado a creer que aquellas enseñanzas de Dios solo eran productos de mi imaginación, dos días más tarde Dios me permitió ver el mismo problema en la vida de una amiga. Cuando comenzamos a hablar noté que una gran carga parecía arrugarle todo el rostro. Mientras hablábamos, ella comenzó a hablarme del profundo desaliento que la agobiaba. Su depresión era tan grande, que había pedido ciertas píldoras a su médico. Extrañamente, mientras más hablaba, más sorprendido me sentía yo. Pensé que estaba escuchándome a mí mismo hablar solo dos semanas antes.

—Tú sabes que esta es una batalla sobrenatural —le dije—; ¿cómo está tu vida de oración?

Miró hacia abajo con tristeza y replicó tristemente:

—No he sido capaz de hablar con Dios desde hace mucho tiempo.

Comencé a compartir con ella mi reciente experiencia. Yo tampoco había sido capaz de orar. Por supuesto, había elevado las oraciones “oficiales” al principio de cada día y una breve oración por la noche y, sí, también algunas muy breves durante toda la jornada. Pero no eran oraciones de verdadera fe para sanar el dolor de mi alma.

Hablamos de la fe y la oración y de la restauración del Espíritu Santo. Mientras más hablaba, más me parecía sentir que el eco de mi propia voz volvía a mí. Sí, Dios me había enviado para ayudar a aquella amiga, pero me estaba obligando a escuchar mis propias palabras: recordándome que había sido él quien había estado obrando durante aquellas dos semanas.

Cuando salía, mi amiga dijo:

—Creo que Dios te envió para ayudarme esta noche.

Y yo no podía hacer otra cosa que estar de acuerdo con ella.

Cuidado con la presunción

Pienso que en nuestra consideración de lo que es fe debemos estar alertas para detectar algo que siempre se disfraza de fe. Esto ocurre especialmente cuando estamos en medio del crisol, si no estamos conscientes de este sustituto de la fe, puede causar considerable confusión.

Me di cuenta por primera vez de lo que es la presunción cuando era un adolescente sumamente celoso. Era el año del retorno del cometa Haley, y como era un evento que solo ocurriría una vez en la vida, no estaba dispuesto a perder la oportunidad de verlo.

Si bien el cometa estuvo visible algunas semanas con variable intensidad, yo había decidido esperar hasta que los periódicos dijieran cuál era el mejor tiempo para verlo. Ocurrió en medio de algunos exámenes verdaderamente importantes, y no estaba yo dispuesto a levantarme a las cuatro de la mañana, a menos que el cometa fuera a verse muy bien. Finalmente llegó la noche en que puse mi alarma en la hora señalada, y me fui a dormir.

Cuando mi alarma sonó, salté de la cama y subí por una empinada escalera al lado de nuestro tinaco de agua potable. Hasta ese momento no había yo mirado hacia arriba, al cielo nocturno, porque quería esperar hasta que estuviera en el lugar perfecto, en el momento perfecto. Pero finalmente llegó el momento perfecto, y yo estaba en el lugar perfecto. Así que miré hacia arriba. No podía creer lo que veían mis ojos, porque miraba fijamente a un cielo oscuro y lluvioso. Hasta donde alcanzaba la vista, el cielo estaba totalmente cerrado por las nubes. Había olvidado un pequeño detalle. Era la época de los monzones.

Pero solo me desanimé durante un momento. Recordé las palabras que Jesús había dirigido a sus discípulos: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecería" (Luc. 17: 6). Y me dije a mí mismo: Estas no son más que nubecillas, y yo sé que mi Dios tiene po

der para moverlas. Así que incliné mi cabeza y oré: "Señor, sé que tienes todo el poder del universo, y puedes mover fácilmente estas nubes. Por favor, ¿podrías moverlas para que yo pueda ver el cometa? En el nombre de Jesús, amén". Completamente convencido del poder de la fe, miré hacia arriba. Pero allí, ante mis ojos, estaban las mismas espesas nubes.

Fue entonces cuando me puse un tanto triste. Quizá mi fe no era tan fuerte. Quizá Dios necesitaba más tiempo para que el viento soplara y se llevara las nubes. Por tanto, volví a mi habitación, y decidí darle a Dios otros veinte minutos. Con seguridad ese tiempo sería suficiente.

Después de elevar algunas oraciones más de fe y de creencia en el poder de Dios, subí de nuevo la empinada escalera hasta el techo del tinaco. Apenas podía contener mi ansiedad, de modo que miré hacia arriba. Pero allí, sobre mi cabeza, lo único que se veía eran las mismas nubes negras del monzón que se habían visto veinte minutos antes. Yo estaba asombrado. Estoy seguro que fui la única persona en el mundo que nunca vio el regreso del cometa Haley ese año.

Presunción es pensar que Dios hará algo simplemente porque nosotros pensamos que es capaz de hacerlo. No tenemos que ser arrogantes para ser presentuosos. Lo único que necesitamos es estar pensando fuera de los límites de las promesas de Dios. Y en mi caso, todavía no he podido hallar una promesa donde Dios ofrezca mover nubes para que yo me entretenga.

La verdadera fe siempre tiene un fundamento. Si usted puede citarlo, entonces puede reclamarla. Por tanto, si se encuentra luchando con algún problema, pida la dirección divina mientras escudriña sus palabras. Busque tantos versículos como pueda, que le ayuden a definir la realidad como Dios la ve, y sus promesas de ayudarle. Entonces ore día y noche para que su Santo Espíritu permita que sus palabras den forma a sus pensamientos y sentimientos, de modo que no

importa que usted esté dentro del crisol, todavía pueda vivir la vida del reino de Dios aquí en la tierra.

La fe es la puerta de la vida

No me gusta terminar un capítulo volviendo hacia atrás, pero me gustaría destacar un asunto para que usted lo considere mientras medita acerca de la fe. Cuando Israel no pudo entrar a la Tierra Prometida, por temor a los gigantes, que supuestamente estaban allí, llegaron a una crisis de fe (Heb. 3: 19). Dios había dicho claramente que él les daría la tierra, pero sus ojos los convencieron de que eso no era posible. Las cosas comenzaron a deteriorarse cuando los infieles se volvieron contra Moisés y Aarón: "Entonces toda la multitud habló de apedrearlos. Pero la gloria de Jehová se mostró en el tabernáculo de reunión a todos los hijos de Israel, y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?" (Núm. 14: 10, 11)✱

Como resultado, toda la nación fue condenada a la disciplina del desierto durante cuarenta años. Cuando finalmente entraron a la Tierra Prometida bajo la dirección de Josué, entraron por fe. Al principio del libro de Josué dice que Dios le ordenó al nuevo dirigente que preparara al pueblo para entrar a la tierra que les había prometido. Así que Josué les ordenó que se prepararan. Solo cuando se pusieron de pie, con su ropa de viaje, Dios les explicó lo que debían hacer a continuación. Les ordenó a los sacerdotes ir y pararse en el centro del Jordán. "(Porque el Jordán suele desbordarse por todas sus orillas todo el tiempo de la siega), las aguas que venían de arriba se detuvieron como en un montón" (Jos. 3: 15, 16). Meterse a un río desbordado era, o suicida, o inspirado. En este caso era de acuerdo con la voluntad de Dios. Por fe en la Palabra de Dios las aguas se abrieron y toda la nación entró a la Tierra Prometida.

Debo admitir que me perturba la reflexión que hace Elena G. de White, escrita hace muchos años: "No era voluntad de Dios que Israel peregrinase durante cuarenta años en el desierto; lo que él quería era conducirlo a la tierra de Canaán y establecerlo allí como pueblo santo y feliz (...). Asimismo, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se dilatara tanto, y que su pueblo permaneciese por tantos años en este mundo de pecado e infortunio. Pero la incredulidad lo separó de Dios. Como se negara a hacer la obra que le había señalado, otros fueron los llamados para proclamar el mensaje".³

¿No será que estamos aquí todavía, no porque las profecías todavía no se han cumplido, o porque los seres celestiales todavía necesitan ser convencidos de la maldad de Satanás, sino por causa de nuestra incredulidad en las palabras de Dios?

Lo que sí sé con certeza es que los que vivan en los últimos días estarán vivos por su fe. No será fácil, porque el crisol estará muy caliente. Pero aquellos que pacientemente "¡obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles a Jesús!" (Apoc. 14: 12, NVI), cantarán "un himno nuevo delante del trono y de los cuatro seres vivientes y de los ancianos [...]. Son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Fueron rescatados como los primeros frutos de la humanidad para Dios y el Cordero. No se encontró mentira alguna en su boca, pues son intachables" (Apoc. 14: 3-5, NVI).

La fe es sumamente importante. Es la fe la que levanta nuestros ojos para ver la faz de Jesús y produce el milagro divino de la transformación en nuestras vidas. Y la fe nos llevará seguros a la patria celestial.

Padre,

*Anhelo tener una fe que se aferre fuertemente
a tus palabras, y se sostenga firme hasta
que tus promesas se cumplan.
Concedeme una fe fresca y viviente,*

*una fe que no se base en lo que veo con mis ojos físicos,
sino que vea claramente la faz de Jesús.*

*En el nombre de Jesús,
amén.*

Referencias

1. Elena G. de White, *Signs of the Times*, 9 de enero de 1873.
2. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 397.
3. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, p. 511.